

MANUEL MACHADO Y EL CATOLICISMO: TRAYECTORIA DE UNA CONVERSIÓN

Miguel D'ORS
Universidad de Granada

BIBLID [0213-2370 (2002) 18-1; 63-85]

Las actitudes de Manuel Machado con respecto al catolicismo evolucionan, desde el liberalismo progresista de su familia paterna hasta el ascetismo que caracteriza la vida y los escritos de los últimos años del poeta. En este trabajo se recorre, por una parte, la biografía espiritual de Machado y, por otra, la presencia de los temas en su obra poética.

Manuel Machado's attitudes with regard to the catholicism evolve, from the progressive liberalism of his paternal family up to the ascetism that characterizes the life and the writings of the last year of the poet. The Machado's spiritual biography is described, on one hand, and, on the other, the presence of the religious topics in his poetical work.

EL 20 DE ENERO DE 1947, a las cuatro de la tarde, sale de la sede de la Real Academia Española, con tiempo desapacible –lluvia y frío–, el cortejo fúnebre que va a acompañar el cadáver de Manuel Machado hasta el cementerio de La Almudena. El padre Cavestany, confesor y director espiritual del poeta, ha rezado un responso antes de la partida de la comitiva. La Real Academia encarga 50 Misas por el eterno descanso del difunto. El cadáver ha sido vestido con el hábito franciscano, está descalzo y lleva entre las manos un Crucifijo.

Éste es el fotograma final de una historia que había comenzado en tonos bien diferentes: el ambiente familiar en que Machado había nacido y crecido estaba, ya desde los tiempos de su abuelo, D. Antonio Machado y Núñez, y sobre todo por influencia de su padre, D. Antonio Machado y Álvarez, “Demófilo”, tan alejado del catolicismo como profundamente impregnado de liberalismo y progresismo. Explicar, en la medida de lo posible, qué pasó entre esos dos momentos contradictorios, la trayectoria de una conversión, es lo que me propongo hacer en las páginas que siguen.

El empeño no es de los más fáciles: sabemos todavía poco de Manuel Machado, a pesar de los esfuerzos realizados por algunos investigadores y críticos desde mediados de los años 70. Aún no están las cosas plenamente normalizadas después de casi tres décadas de injusto, tendencioso y estúpido olvido del gran poeta. Queda por editar y estudiar, por ejemplo, la mayor parte de su vastísima obra periodística, en la que sin duda aparecerán textos relevantes a nuestro propósito. Por consiguiente, lo que voy a hacer aquí será sólo aportar algunas ideas sobre la evolución de la actitud de Manuel Machado con respecto a la religión.

A medida que la biografía externa e interna de nuestro autor va siendo más conocida, va afirmándose mi convicción de que hubo en ella dos momentos críticos, que marcan en esa biografía dos transiciones muy importantes, obligándonos a hablar de un “antes de” y un “después de”. El primero de esos momentos comienza con el viaje que Machado hace a Barcelona en julio de 1909, y termina cuando, el 15 de junio de 1910, “sienta cabeza” casándose con su prima Eulalia Cáceres; el segundo tiene como escenario Burgos y se extiende entre julio y octubre de 1936.

¿Cuáles eran las actitudes de Manuel Machado con respecto a la religión hasta aquel episodio catalán de 1909?

Que de niño y adolescente había respirado en su ambiente familiar una atmósfera liberal, positivista y krausista, es indiscutible. Que su contacto con la Institución Libre de Enseñanza consolidó su identificación con el pensamiento laicista de la izquierda burguesa, creo que también. Que en Madrid y París vivió inmerso en la “mala vida”, también. Pero, pese a todo, parece que Manuel, por mucho que fuera su desinterés por la religión, nunca llegó a romper resueltamente con el cristianismo de su familia materna y de su Sevilla natal. Gerardo Diego ha recordado que en aquella casa del Faubourg Montmartre donde en 1900 convivieron durante una temporada Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Amado Nervo y nuestro poeta “se vivía muy descuidadamente en cuanto a cumplimiento de normas religiosas”, pero no obstante “todos confiesan su cristianismo” (36). José María Pemán, al contestar en 1938 al discurso de ingreso de Machado en la Real Academia Española, afirma que el poeta “nunca olvidó” rezar un *Ave María* al acostarse (Machado y Pemán 139). La esposa de Manuel decía por su parte en 1948, según refirió el Padre Linares, que él “nunca dejó tampoco de creer en Dios” (648). No sé hasta qué punto deben tomarse estos testimonios al pie de la letra, pero tampoco sería correcto, pienso, volver la cabeza hacia otro lado como si no los hubiésemos visto. Ahí están.

Busquemos una confirmación o una refutación de ellos en los libros de Machado. Si vamos repasándolos por orden cronológico, no sacaremos nada en claro hasta *Caprichos*, que se publicó en 1905; porque las referencias a Dios del himno “Al día”, del libro primerizo *Tristes y alegres* (1894), se relacionan, más que con el cristianismo, con el deísmo ilustrado y hasta con cierto panteísmo, y los elementos cristianos presentes en el romance “El rescate”, del mismo volumen, no son sino un ingrediente más del romanticismo, y aun podría decirse que del mismo género de los romances moriscos en el que la composición se incluye. Nada, pues, significativo hasta *Caprichos*. Aunque, bien mirado, el mismo hecho de que antes de 1905 no se encuentre en las obras de Machado ni un verso de sentido religioso, máxime si lo interpretamos en relación con los

bastantes versos de contenido sustancialmente anticristiano que figuran en ellas, ya significa algo, creo yo: desinterés por el asunto.

En *Caprichos*, junto a no pocas piezas de tono canalla, hedonista o estudiantemente frívolo, aparecen dos composiciones basadas en el Antiguo Testamento: una, incluida en la sección "Mujeres", "Ruth", que poetiza un episodio sobre el cual había compuesto Víctor Hugo su famoso "Booz endormi" de la primera parte de *La Légende des Siècles* (1859), había escrito Paul Déroulède el drama *La Moabite* (1879) y había pintado un cuadro Dante Gabriel Rossetti. A mi modo de ver, esta pieza, que Machado sitúa al lado de otras dedicadas a mujeres bastante menos santas, como "Mimí, la modelo", "Rosa..." o "Margarita", se debe, más que a una motivación religiosa, a un propósito descriptivo similar al de Hugo y muy del gusto finisecular. Quizá no merece la pena fijarse mucho en ella como documento. Tampoco en "Abel", otra composición eminentemente descriptiva, ésta basada en el *Génesis* y deudora de Verlaine y Samain (Gayton 100, 04, 89), aunque es curiosa por la peculiaridad de tocar un tema comúnmente considerado muy antoniomachadiano. Gerardo Diego la juzga precedente de "La tierra de Alvargonzález" (37). En el apartado "Cadencias de cadencias" figuran otras dos poesías –"Glosa" y "Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca"– que, aunque abundantes en motivos religiosos, los utilizan ante todo, a mi juicio, como elementos evocativos y ambientadores, sin expresar la verdad íntima del poeta, o expresándola, en todo caso, muy oblicua y apagadamente. El primero es un homenaje a Berceo, que Gayton (93-94) relaciona con el titulado "A Maestre Gonzalo de Berceo" que Rubén Darío incluyó en la segunda edición de *Prosas profanas* (1901), y podría asociarse también al más tardío "Mis poetas", de Antonio Machado, publicado en *Campos de Castilla* (1912).

Pero, dentro del mismo *Caprichos*, hay dos poesías de contenido sustancialmente religioso –las dos relacionables con Verlaine (Gayton 101-04, 70-71, 176, 181, 185, 189-90)– en las que Machado llega mucho más lejos. No creo que el contenido de ninguna de ellas deba interpretarse en términos de mero idealismo antimoderno, o de mera estética o simple mimetismo de la superficie de ciertas páginas de Verlaine, aun siendo todas estas cosas bastante frecuentes en la época (Cansinos-Assens 59-60). ¿Cómo no percibir la vivida y profunda religiosidad de "Se dice lentamente...", aunque, por otra parte, este poema confiese lo rudimentario e impreciso de la formación doctrinal católica de su autor?

Yo no sé más que una
vaguísima oración,
una oración... De pena
está y de encanto llena,
y tiene llanto y risa,

y la calma sumisa
de la Renunciación...
Se dice lentamente
con palabras vulgares
repetidas
muy oídas...
Brotó en el corazón...
Ella es dulce a los labios.
No la saben los sabios,
y es su son,
—como en las soledades del campo, el de la fuente,—
monótono. Se dice lentamente
la Oración.

Esta composición tiene, además, el valor documental de ser, con gran probabilidad, la primera de contenido claramente religioso escrita por su autor: antes de aparecer en *Caprichos* había sido dada a conocer en la revista *El Evangelio* en la Semana Santa de 1902.¹

Un poco más allá todavía me parece que va “Kyrie eleyson”, que también forma parte de la sección “Vísperas”. Este poema, cuyo título procede de la liturgia de la Misa y de las letanías del Rosario, es famoso sobre todo por una audacia métrica —el curioso alejandrino trimembre que lo abre y lo cierra—, pero debería serlo también por ser otro de los primeros textos realmente religiosos de Manuel Machado, que ahora se dirige ya a Jesucristo a propósito de la que San Pablo proclamó como la principal de las virtudes teologales:

La Caridad, la Caridad, la Caridad...
Tus llagas otra vez, Señor, al mundo muestra,
y tu corona de espinas, y tu diestra
horadada por el clavo de la impiedad.

Dinos de nuevo aquella palabra que nos hace
llorar... y nos derrite la maldad en el pecho,
y nos da paz, amor y olvido. Y satisface
como el correr seguro del río por su lecho.

Y que un paisaje matinal y que una buena
esperanza nos den la alegría piadosa,
y que sea el amor de Dios nuestra verdad.

Que seamos buenos para librarnos de la pena.
Y que nunca olvidemos esta única cosa:
¡La Caridad, la Caridad, la Caridad!...

Esta pieza, según escribió tempranamente Andrés González Blanco, marca, junto con “La voz que dice...” y “Se dice lentamente...” —la primera de éstas dos no rigurosamente religiosa—, “una evolución ideológica en la poesía espa-

fiola contemporánea”, con “una nota nueva, originalísima en la poesía española: la del recogimiento, fervor y casi santidad lírica” (238).²

Dos años después, en 1907, publica Machado *Alma. Museo. Los cantares*. Esencialmente es una recopilación de toda su poesía anterior, pero ofrece algunas composiciones inéditas en libro. Aunque ninguna es propiamente religiosa, y esto en cierto modo puede considerarse como un retroceso, bastantes de ellas insisten, a menudo con ecos de Verlaine, en la expresión de un cansancio de la vida mundana y bohemia y un ansia de verdad, sencillez y paz que asomaban ya, aquí y allá, en *Caprichos*: en “Paz” expresa Manuel el anhelo de “ser un día bueno, bueno, bueno” y la añoranza de “una creencia antigua en cosas inmortales,/ que nos permita un inocente ‘yo sé’”; “De tonos negros y rojos/ limpiándose el alma va”, leemos en el muy representativo poema “Despedida a la luna”, donde añade Machado:

mejor que inteligente,
hay que ser bueno y valiente,
mirar claro y hablar bien.

En “Es la mañana” se poetiza, si no la Fe, sí el deseo de la Fe:

Clara mañana
tu luz así,
—nácar y grana—
descienda a mí.
Y que yo sea
bueno... Y que crea.

Y en “Domingo”, última página del libro, el poeta invoca ya a Dios para suplicarle que le dé un alma franca y sencilla como las del vulgo que el domingo por la tarde ve pasear por las calles de la ciudad.

En estas condiciones se encuentra el Machado que llega a Barcelona en julio de 1909: indeciso entre el amor de Dios y la atracción del mundo y de la carne; confuso, tibio quizá, pero no abiertamente ateo, ni agnóstico siquiera.

Allí en Barcelona presencia muy de cerca, entre el 26 y el 31 de julio, los acontecimientos de la “Semana Trágica”; conoce al pedagogo anarquista Francisco Ferrer Guardia, ateo y anticlerical ardoroso, que iba a ser ejecutado enseguida, y a su mujer, Soledad Villafranca. Allí se encuentra cuando, el 30 de julio, su hermano Antonio se casa en Soria con Leonor Izquierdo. Hace una misteriosa escapada a Marsella, a bordo de un barco mandado por un tío suyo. En Barcelona, antes o después de esta escapada, vive una aventura amorosa con una señorita de la burguesía de la que sólo sabemos que se llamaba Julia y que era muy apasionada. De esta etapa de la vida de Manuel es muy poco lo que se ha averiguado, pero está claro que fue intensa y turbulenta (Pérez Ferrero 150-162; Carballo Picazo 21-22; Brotherston 38-39).

No se sabe exactamente cuándo regresó a España. Lo cierto es que en setiembre Manuel inicia un noviazgo formal con Eulalia Cáceres, la prima trianera que desde 1897 siempre le había esperado, una mujer fervorosamente católica (que tras el fallecimiento de Machado profesaría como monja en el Cottolengo de Barcelona). En "La buena canción" de *Alma. Museo. Los cantares* había publicado, dos años antes, unos versos que resultarían proféticos con respecto a este definitivo regreso a Eulalia:

¡Y un amor solo y grande, aquel primero
que floreció en la senda, tan seguro
que aguarda siempre, y sin quemarnos arde!...

¡Aquel primer amor, que fue el lucero
de la mañana y brilla ahora tan puro
en la senda tranquila de la tarde!

Ese año 1909 se publica *El mal poema*, uno de los libros más importantes de Manuel Machado, pero también uno de los más desolados y desoladores, cuya atmósfera es la que el poeta había estado respirando en los tiempos inmediatamente anteriores al inicio del noviazgo.

Hay constancia de que a Eulalia, aunque sabía bien que aquellas páginas habían sido escritas antes de que Manuel empezase sus relaciones serias con ella,³ no le agradaba el tono hedonista, canalla y decadente de muchas de ellas, ni la filosofía de *carpe diem* que las sostenía, expuesta muy directamente en poemas como "La canción del presente":

Alegre es la vida y corta,
pasajera.
Y es absurdo,
y es antipático y zurdo
complicarla
con un ansia de verdad
duradera,
y expectante,
¿Luego?... ¡Ya!
La verdad será cualquiera.
Lo precioso es el instante
que se va.

O "El Camino"

En la frescura de las rosas
ve reparando. Y en las lindas
adolescentes. Y en los suaves
aromas de las tardes tibias.
Abraza los talles esbeltos
y besa las caras bonitas.

De los sabores y colores
gusta. Y de la embriaguez divina.
Escucha las músicas dulces.
Goza de la melancolía
de no saber, de no creer, de
soñar un poco. Ama y olvida,
y atrás no mires [...]

El propio Manuel acabaría avergonzándose un poco de estas cosas: en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, leído en San Sebastián en 1938 (Machado y Pemán 79-80), confesaría: "Siento hoy casi vergüenza de este libro en que se desnuda en público un alma lamentable y pecadora. Si bien es verdad que con una repulsión manifiesta a la contumacia en el mal". Y poco más adelante añade: "Afortunadamente todo lo cambió pronto la mano de una mujer santa —llena de gracias y de gracia— que había sabido esperarme en nuestra Sevilla materna de vuelta de todas mis locuras" (Machado y Pemán 85).

Y no es posible asegurar si por voluntad del propio Machado o por presiones de Eulalia, pero en la *Antología* que le publicó en 1940 la Colección Austral de la editorial Espasa-Calpe Argentina no figura ni una sola de esas composiciones de *El mal poema*.

De todos modos, en libro, al menos, figuraba un poema, "En la muerte de Julio Ruelas", en el que Machado proclamaba abiertamente:

Yo, religioso, confío
en otro reino fuera de este Mundo. Es el mío
también, es el de todos los que adoran el Arte,
cuyo palacio tiene que estar en otra parte...
Hasta luego, Ruelas. A pesar de lo feo,
del mal y de la muerte. Quiero creer, y creo.⁴

La pareja se casará en Sevilla el 15 de junio de 1910 y establecerá su domicilio en Madrid, calle Churruga, 15. No cabe duda de que la influencia de Eulalia motivará en su marido un enriquecimiento doctrinal y un acercamiento al Cristianismo práctico. "Venía siempre conmigo a Misa los domingos, confesaba en las principales fiestas del año y conmigo rezaba siempre devotamente el Rosario y el Angelus", declaró Eulalia al P. Linares (648). Por eso dijo Manuel a Pedro de la Mora: "A ella debo la salvación de mi vida y cuando muera le deberé la de mi alma" (de la Mora 2). Según revelaría en fecha muy posterior la propia Eulalia, Machado "murió dándome gracias y rezando el Rosario" (Font-Espina 4).

En *Apolo (Teatro pictórico)* (1911) figuran tres sonetos alusivos a cuadros de tema religioso: "Beato Angélico, La Anunciación",⁵ "Veronés. Asuntos bíblicos" y "Zurbarán. Entierro de un monje". Desde luego, sería ingenuo supervalorar este hecho: estas composiciones, en las que, como en todo el volumen,

predomina un planteamiento esteticista, de fuerte influencia parnasiana, aparecen entre otras muchas referidas a obras de carácter profano —algunas incluso de tono paganizante, y la contigüidad de unas y otras puede entenderse como un rasgo típicamente decadentista—, constituyendo su conjunto un panorama de la Pintura universal; pero es curioso observar cómo en esos sonetos asoman ciertos indicios significativos en relación con la evolución del poeta al lado de Eulalia. Así, si la composición dedicada a Zurbarán atestigua cierta familiaridad con los tópicos de la ascética y de la oratoria sagrada barrocas, aún muy vigentes hacia 1911. Por otra parte, los dos últimos versos de “Beato Angélico. La Anunciación” —“fecunda el seno de la Virgen pura/ como el rayo del sol por el cristal”— son un eco de una comparación tópica en la catequesis católica. López Estrada (1977, 99-100) recuerda a este propósito un sermón atribuido a San Bernardo, y también versos de Rutebeuf y de los *Loores de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo. Sin descartar la posibilidad de estas conexiones (aunque la de Rutebeuf el propio López Estrada la juzga improbable), parece más obvia la relación de esos endecasílabos machadianos con un pasaje de los catecismos (ver d’Ors 1992, 228; 1994, 228). En el del P. Gaspar Astete puede leerse:

¿Y cómo nació milagrosamente Jesucristo?

—Jesucristo nació milagrosamente, saliendo del vientre de María Santísima sin detrimento de su virginidad, a la manera que el rayo del sol sale por un cristal sin romperlo ni mancharlo.

Y en el del P. Gerónimo Ripalda, que fue, junto al anterior, el más utilizado durante mucho tiempo:

P. ¿De qué manera fue esto?

R. Saliendo del vientre de la Virgen como el rayo del sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo.

Y nótese que esta segunda frase contiene literalmente el endecasílabo final de Machado. Quizá Manuel leyó —o recordó— por aquellos días el catecismo de Ripalda. No tendría nada de extraño. Bien es verdad que, desde un punto de vista estrictamente teológico, el soneto machadiano contiene una perfecta herejía, ya que afirma que es el “ángel celestial”, es decir, el arcángel San Gabriel, y no Dios Espíritu Santo, quien “fecunda el seno de la Virgen pura”; pero quizás esto no deba interpretarse muy literalmente: al lenguaje poético puede tolerársele cierta falta de rigor doctrinal.

En cuanto al soneto “Veronés. Asuntos bíblicos”, supone un conocimiento al menos parcial del Antiguo Testamento: menciona el *Cantar de los cantares* y, sobre todo, hace una alusión muy precisa a la historia de Rebeca contenida en el capítulo 24 del *Génesis*.

También es interesante notar que hay en el mismo Apolo otros dos poemas no dedicados a pinturas religiosas –“Greco. El caballero de la mano al pecho” y “Murillo. Escuela sevillana”– pero en los que el poeta introduce por su cuenta elementos que sí lo son. En el primer caso, a partir del segundo cuarteto Machado atribuye al personaje retratado por el Greco actitudes ascéticas; en el soneto relativo a Murillo las cosas son más complejas: el poema comienza describiendo una escena doméstica popular sevillana, protagonizada por Rosario, su marido José Antonio y el hijo de ambos, para terminar asociándola con la vida de la Sagrada Familia: “él es el Patriarca, ella es María/ y es el niño, Jesús [...]”. Pero, como el propio poeta reveló en su conferencia “Génesis de un libro”, impresa en *La guerra literaria* (Machado 1913, 60), esa escena doméstica profana se inspira en la “Sacra Familia” de Murillo, de modo que hay en el poema “un artificio de inversión”, para decirlo en términos del propio Machado: “algo así como volver el lienzo del revés para mirarlo al trasluz. Y, así como él humaniza lo divino, trato yo de divinizar lo humano”.

Más inequívocamente revelador resulta otro soneto también inspirado por la gran afición de Machado a la Pintura, “Las Concepciones de Murillo”, del libro de 1915 *Canciones y dedicatorias*. Ahora es evidéntísimo, a diferencia de lo que sucede en esas páginas de Apolo o en la titulada “En un rincón de la catedral”, del mismo *Canciones y dedicatorias*, que Machado no se limita a describir o evocar cuadros de asunto religioso, sino que, apoyándose en obras del pintor sevillano, manifiesta su devoción mariana.

Otra devoción, ésta referida al Patrón de España, le lleva, en julio de 1918, a visitar en la catedral de Santiago el sepulcro del Apóstol, según refiere en un artículo aparecido poco después en *El Liberal* (d’Ors, 1982, 84-85).

En el mismo 1918 suelen situar los críticos el libro, sin fecha, *Sevilla y otros poemas*. El tercero del tríptico “La mujer sevillana”, que se titula “Ana”, describe a una abuela echando mano de la figura de Santa Ana, abuela de Jesucristo, con un planteamiento que recuerda algo el ya visto en “Murillo. Escuela sevillana”. En “Ante la joven muerta” se afirman la existencia de la vida ultraterrena y la inmortalidad del alma. Pero más sintomáticas son sin duda otras composiciones: el soneto “Flevit super illam...” –cuyo título es una expresión directamente tomada del Evangelio (Lc, 19, 41)– termina con unos versos llenos de celo religioso y de alusiones que muestran conocimiento del pasaje en cuestión y de ciertos episodios de la Pasión de Cristo:

Llora, llora, Señor. Como aquel día,
sobre la pobre Tierra todo es llanto.
Tú Fe, esperanza y Caridad son nombres.

Hay hiel para tu boca todavía.
Suertes echan aún sobre tu manto.
Tu cruz... ¡la empuñan para herir los hombres!

Otro poema, titulado "En el peregrinar del peregrino", nos aconseja:

No huyas, empero, del dolor divino.
Nada vale la vida en que no hay llanto.
Es el via-crucis de dolor lo santo
en el peregrinar del peregrino.

Cree con amor, con fe invencible ama.
Pon toda en la Belleza tu alma absorta.
Vive y muere por ella, que es tu dama.

Esto no impide a Manuel entrar en la redacción de un periódico de izquierdas como *La Libertad* desde su fundación en 1919. En él aparecerán diariamente, hasta 1934, artículos suyos; de crítica teatral sobre todo, pero también sobre la actualidad política y social. Pero tampoco esta colaboración parece que estorbe el desarrollo de la religiosidad ni de la práctica católica del escritor⁶ el 28 de setiembre de 1929, en la revista *Los poetas*, se publica su magnífico soneto "La Primera Caída" —por cierto, no basado en el Nuevo Testamento sino en la tradición piadosa—, que parece, ya desde su mismo título, una estación para un "Vía Crucis" poético como el que escribiría años después Gerardo Diego:

No puede más... Vacila... Los divinos
pies destrozan las piedras y matojos.
Y la sangre corriendo, hasta sus ojos,
borra un momento todos los caminos.

En torno, al verlo vacilar, se aterra
la multitud... Oculta el horizonte
espesa niebla. Se estremece el monte
y gimen las entrañas de la tierra.

Cayó. Todo se abate a su calda...
El Cielo, al ver su gloria así rendida,
a derrumbarse va sobre la agreste

inmensidad vencida y desolada...
Pero Él clava en la altura su mirada
y sostiene la bóveda celeste...!

Si bien, como se habrá notado, en el comienzo del poema predominan marcadamente los elementos narrativos y descriptivos, a partir del verso 9 y, sobre todo, en los dos últimos, Machado nos ofrece una personalísima y profunda interpretación del suceso narrado, imaginando un milagro secreto de Jesucristo: caído bajo el peso de la Cruz, evita, por amor a la Humanidad, que la Creación entera, que está a punto de acompañarlo en Su caída, se venga abajo con Su autor. La hondura de esta visión no parece posible ya no digo en un no-creyente: ni siquiera en un creyente rutinario. El poeta, ciertamente, ya no lo era.

La proclamación de la República no significa ningún cambio notable en la existencia de Manuel —que ya ha pasado el ecuador de la cincuentena—. El advenimiento del nuevo régimen había despertado en él, como en tantos otros intelectuales españoles, grandes esperanzas,⁷ y desde abril de 1931 hasta como muy tarde la primavera del 33, Manuel es verdaderamente un “convencido republicano”. En relación con nuestro asunto interesa señalar ahora que el estreno, que fue muy sonado, de la versión teatral del amdg de Pérez de Ayala, le brinda la ocasión de arremeter, en noviembre, contra la educación jesuítica, tan apreciada en los medios conservadores del momento y según él opresiva y asfixiante.

Pero, como he apuntado en otras ocasiones (d'Ors 1985a; 1992, 20-29; 1994, 20-29), tras los fervores iniciales, los acontecimientos —barbarie anticlerical, agitaciones y enfrentamientos callejeros, golpe de Sanjurjo en agosto del 32, sucesos de Casas Viejas a principios de 1933...— fueron persuadiendo al poeta de que el nuevo orden no era el Paraíso de libertad, paz, justicia, orden, amor y progreso que su talante liberal había imaginado, y don Manuel, asustado, no tardará en entonar su “¡No es esto, no es esto!”.

El 12 de octubre del 32 muere el escritor Manuel de Sandoval. Machado escribe una elegía “A la oportuna muerte del poeta Manuel de Sandoval”, publicada en 1936 en el libro *Phoenix*, en la que lamenta la llegada de

la hora
de los muchos, funesta a los mejores;
si de frutos aún no, ya no de las flores...
Fea preñez, fatídica Pandora [...].

un Mundo
cuya suprema aspiración parece
el plato de lentejas de Esaú

Aquí tenemos la expresión de una actitud elitista o aristocratista —los *mejores* frente a los *muchos*—, la de la melancolía de vivir en una especie de período histórico de aridez, en el que se echan en falta tanto los encantos del viejo orden liberal y burgués como las ventajas que se esperaban del nuevo, y la expresión también —y por cierto que mediante un motivo bíblico— de un pensamiento espiritualista: Machado, fuesen cuales fuesen sus ideas o sentimientos religiosos y políticos, estuvo siempre muy lejos de cualquier tipo de materialismo.

Todas esas cosas y algunas más va a repetirlas insistentemente en su columna “Antena” de *La Libertad* a lo largo de 1933 y 1934. A través de un buen número de artículos y algún poema⁸ se nos va revelando nítidamente la frustración de un hombre que está descubriendo con creciente horror que las realidades de la época republicana, cualquiera que fuese su signo ideológico, tenían muy poco que ver con la realización de sus sueños liberales. “Liberal y romántico” es el título de un artículo del 28 de mayo del 33:

Liberalismo, romanticismo... He aquí dos grandes palabras que hoy suenan casi totalmente a hueco [...] El Mundo se debate hoy –lejos de toda libertad– entre dos dictaduras: la capitalista y la colectivista, la burguesa y la proletaria, entre el fascismo y el comunismo. Ambas son igualmente enemigas de la individualidad. Les interesa, en todo caso, el hombre, no la persona. La cantidad, siempre, más que la calidad. Ambas son para mí igualmente detestables. Yo al romanticismo y al liberalismo me atengo, contra viento y marea.

Esa prioridad de la cantidad sobre la calidad, de los muchos sobre los mejores, reaparece el 9 de julio, a propósito de la juventud del momento, que se ríe de las viejas “zarandajas liberales” y abraza el fascismo o el comunismo porque “es el triunfo de la colectividad el que propugnan”.

Esas colectividades, esas masas, dominadas por la ignorancia de la mayoría, se mueven, a juicio de don Manuel, a impulsos de ideas pobres y rudimentarias, sean comunistas o fascistas, y “más hijas del estómago que del cerebro”, según dice el 20 de agosto. El 24 de setiembre escribe: “Los modernos dictadores al uso, manejadores de ideas simples y elementales al alcance de obreros, mujeres, niños y militares sin graduación, debieran inculcar a las masas algún ideal superior al puramente económico preconizado por el marxismo”. Aquí está otra vez el plato de lentejas de Esaú.⁹ A la altura del 11 de marzo de 1934, el clima es tan abiertamente fratricida que Machado recoge en su sección el poema “Abel”, al que ya antes hice alusión. No era inédito, pero ahora las circunstancias españolas le confieren una inquietante vigencia, y por eso mismo don Manuel lo reimprime con el significativo subtítulo “Cuadro de actualidad”.¹⁰

Se me podría señalar, y no sin razón, que llevo un buen rato refiriéndome a las posiciones políticas de Machado; pero, como se ha podido notar, ni él separaba entonces de la esfera religiosa su defensa del espiritualismo, la libertad y la paz, ni en el contexto histórico del que estamos hablando cabe deslindar lo religioso de lo político: sin perjuicio de los casos excepcionales que indudablemente existieron, hoy parece evidente que en aquella situación republicanismismo significaba siempre laicismo; y en muchas ocasiones, también violento anticlericalismo.

En todo caso, junto a la evolución de las opiniones de Machado, había continuado a lo largo de los años de la República su proceso de integración en el catolicismo. Su libro *Phoenix*, aparecido, en la primavera del 36, se abre con el famoso “Prólogo-Epílogo” –uno más de esos autorretratos poéticos que don Manuel prodigó a lo largo de toda su trayectoria– en el que leemos aquello de

Cuando me dé la mano el Ángel de mi guarda
para ir a esa región que a todos nos aguarda
sobre la eterna música me hallará adormecido
y yo abriré los ojos a un mundo conocido.

versos que atestiguan –creo– el desarrollo de ese proceso. Y en ese mismo volumen hay una sección titulada “Pintura religiosa”, que comprende dos poe-

mas: el ya conocido soneto "La Primera Caída" y el políptico "San Pedro". Éste es una serie de romances narrativos cuyo asunto, según el propio poema, procede de una leyenda popular; andaluza, a juzgar por lo que el propio Machado dijo en su libro *Día por día de mi calendario* a propósito de la visión popular de San Pedro y de otro "cuentecillo" de "cuando Dios andaba por el mundo", también "en compañía de San Pedro" (Machado 1974, 219-220).¹¹ En el que ahora me interesa, Cristo y Pedro bajan a darse una vuelta por el mundo, admirando sus bellezas: "La Tierra es un paraíso", dice San Pedro; "Los seres que gozan de esto/ no tienen de qué quejarse". Pero de pronto, ya amaneciendo, suena el canto de los gallos, y Pedro, disgustado por malos recuerdos, pide muy acuciante:

—Vámonos de aquí, Señor,
volvamos a nuestra casa

El fondo folklórico del poema y el candoroso optimismo vital manifiesto en él revelan una religiosidad sencilla, a primera vista sorprendente en una persona con las características y la trayectoria de Machado, pero nada chocante en alguien que ya desde 1905 añoraba la sencillez y la paz, y que ahora, de vuelta de todo, está dispuesto a cumplir el consejo evangélico de hacerse como los niños para entrar en el Reino de los Cielos. Estamos en la primavera de 1936. Manuel Machado es ya católico practicante, aunque no se le pueda considerar particularmente fervoroso.

La segunda de las grandes crisis que he señalado en su vida es la que se produce en Burgos el año 1936.

Desde por lo menos los años 20, Machado y su esposa solían pasar cada 16 de julio —festividad de Nuestra Señora del Carmen— con una hermana de Eulalia, monja de las Esclavas del Sagrado Corazón, que celebraba su onomástica ese día. Carmen Cáceres, que había estado anteriormente en el convento de Santander, se encontraba en 1936 en el de Burgos, y a esta ciudad llegan Machado y su mujer, en tren, el 15 de julio.

Parece ser que pensaban regresar a Madrid el 18; que, llegado el momento de salir del hotel, Manuel, que tenía sus ribetes de *dandy*, se entretuvo más de lo razonable en su arreglo personal, y que el matrimonio se presentó en la estación con casi 25 minutos de retraso. Aquel tren que perdieron Manuel y Eulalia fue el último que salió para Madrid bajo el régimen republicano: aquel mismo día se produjo el Alzamiento, el general Dávila se hizo con la situación y Burgos se convirtió en capital "nacional".

Ante la imposibilidad de regresar a Madrid, el poeta y su mujer se alojan en la pensión Filomena, en la calle Aparicio Ruiz, 8, 2º, donde había una verdadera aglomeración de pupilos —alguna vez hasta 20—, militares, toreros y escri-

tores especialmente. No es cosa de repetir aquí –las he expuesto en otros lugares (d'Ors 1988; 1992, 31-44; 1994, 31-44, 435-442; 1997, 53-55)– las vicisitudes por las que atraviesa Machado y la situación particularmente crítica que vivió con ocasión de su detención y encarcelamiento en setiembre de 1936.

Tras ellos, y quizá precisamente en gran medida a causa de ellos, don Manuel –estamos a principios de octubre– se replantea muy seriamente su actitud religiosa. La influencia de Eulalia había ido calando en él, como ya sabemos, desde la década de los diez, de modo que al estallar la guerra don Manuel estaba ya en el camino de Roma; pero a raíz de la acusación y el encarcelamiento, la sensación de inminencia de la muerte debió de remover muy considerablemente su alma. En palabras del P. Linares, que es uno de los estudiosos que más atención han prestado a este asunto, “aquella convulsión [...] revolvió primero el espíritu de aquel hombre de paz y, con un cansancio incontenible por todo lo terreno, se dirigió a Dios” (Linares 1948, 652; Sanzoles 1962, 132-133). Si en 1910 había subido un peldaño desde la religiosidad indecisa de su juventud hacia la Fe cristiana y la integración en la Iglesia, ahora ascenderá uno más, que le llevará a una intensificación de la práctica católica y a una ascética. A sugerencia de Eulalia, hace ejercicios espirituales con el Padre José Zameza, jesuita. Por las mañanas, el sacerdote le da pláticas en la portería de las Esclavas y por las tardes ambos pasean juntos por la orilla del Arlanzón, dialogando sobre temas teológicos, a partir sobre todo de los Ejercicios de San Ignacio y las *Confesiones* de San Agustín. Con este último santo enseguida, y comprensiblemente, se sintió Machado muy identificado. Terminaban cada jornada de los Ejercicios asistiendo a la Salve en la iglesia de la Merced. El P. Zameza le señalaba diariamente al poeta algunos temas de lectura y meditación, y Machado escribía sus impresiones en papeles que al día siguiente entregaba a su director espiritual. Así se opera en don Manuel una auténtica conversión, a la que coadyuvarían también los PP. Leturia y Oráa, y después los cartujos de Miraflores.

Algunos críticos han manifestado fuertes reservas sobre la autenticidad de tal conversión, pero, aparte ahora cualquier consideración de principios, basta leer esas notas manuscritas, que publicó el P. Linares en *Razón y Fe* (1948), para darse cuenta de la verdad de las inquietudes religiosas del poeta, que se ha entregado a un proceso que no me parece exagerado llamar ascético. En mi edición de la *Poesía de guerra y posguerra* de Machado reproduje las más llamativas de esas notas. Copiaré ahora, como muestra, una de ellas:

Señor, Señor, tú me habías creado bueno dándome cualidades excelentes. Y yo he tenido la suprema maldad de no agradecértelo ni pensar nunca en Ti.

En vez de amarte y adorarte me he puesto a amarme y adorarme a mí.

Y mi egoísmo me ha hecho cobarde y vicioso. Si no soy del todo un perverso es por el fondo de bondad que tú me diste y por tu inagotable piedad para conmigo. No porque yo haya hecho nada por salvarme.

Muy tarde lo reconozco, pero con cuán profunda humildad, con cuánta verdad me desprecio y te adoro.

Estas notas no fueron escritas para ser publicadas, y por tanto no se puede decir en modo alguno que Machado se expresaba así para complacer a las jerarquías políticas y religiosas del Burgos de la guerra y conseguir alguna prebenda o, al menos, evitarse complicaciones. No: se trata de inquietudes muy íntimas y auténticas.

Es cierto, desde luego, que estas inquietudes se encauzaron en la más estricta ortodoxia católica, y esto señala una importante diferencia entre las actitudes religiosas de Manuel Machado y las de otros autores de su época y de importancia similar, como su hermano Antonio, Juan Ramón Jiménez, Unamuno o León Felipe, que se construyeron, al margen de cualquier credo establecido, una religiosidad personal. "Se hace camino al andar", proclamaba don Antonio; y León Felipe:

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.

La religión de Manuel Machado, en cambio, fue, desde los días su matrimonio, notoriamente "institucional", y aun podría decirse que convencional: un catolicismo doctrinalmente irreprochable, nada problemático y muy "devocional". Pero, del mismo modo que la sujeción a la métrica tradicional no significa en sus poemas menos sinceridad y menos pasión, el que sus inquietudes religiosas se encaucen en las formas más comunes del catolicismo español de su tiempo —Misa dominical, fervor mariano, Ángelus, Rosario, Vía Crucis, devoción a los santos, etc.—¹² no dice nada, creo, ni a favor ni en contra de la intensidad y sinceridad de tales inquietudes.

Fueron ellas, pienso yo, la razón principal de que Machado, tras su excarcelación, pasase a engrosar la nómina de intelectuales al servicio del Alzamiento, que en su mayor parte asumieron la defensa del Catolicismo, amenazado por el fanatismo anticlerical y antirreligioso —ambas cosas— de ciertos sectores (ciertos, pero muy conspicuos e influyentes) del bando republicano. Desde esa nueva posición, Machado emprende la redacción de una biografía de San Juan de la Cruz que nunca llegaría a editarse (ver Chicharro 1993), dirige, el 29 de mayo de 1938, la representación, en el claustro de la catedral de

Burgos, de un auto sacramental escrito por el benedictino P. Lázaro Seco, en el que por cierto hizo un papel Carmencita Franco (Alarcón Sierra 1993, 271), y va escribiendo nuevos versos que, junto con otros ya antiguos de contenido patriótico y religioso, se recogen en el libro *Horas de oro*, que lleva fecha de 1938, pero probablemente no estuvo terminado hasta enero del 39.

Su sección "Poemas religiosos", tras un breve "Introito", contiene un apartado titulado "Oraciones", con cuatro poemas entre los que merece atención particular "A la imagen del Redentor, repuesta en la escuela". La Constitución de 1931, en su artículo 48, había establecido la escuela laica, que comportaba la supresión de los símbolos religiosos. La reposición cantada aquí por Machado no es la oficial, debida a una Orden del 20 de marzo de 1939, sino la oficiosa, que en la zona nacional empezó a producirse ya en el otoño de 1936. Parece que ese poema machadiano fue escrito a petición de la superiora de las Madres Carmelitas de Burgos.

Entre las 11 "Estampas de santos" que vienen a continuación, destacaré los sonetos "San Agustín" y "San Ignacio de Loyola", reflejos de la influencia que ambos santos tuvieron en la definitiva conversión de Machado. Como ocurría en el apartado "Ayer" de los "Poemas españoles", hay también aquí algunos que, escritos en los años finales del Modernismo con un criterio acusadamente esteticista, cobran un nuevo sentido, nacional-católico, al reaparecer en las páginas de *Horas de oro*. Véase, por ejemplo, "Entierro de un monje" o "En un rincón de la catedral".

Si en esta sección predominan los enunciados descriptivos, en la que sigue, "Camino de devoción", la actitud es más intimista y confesional, ascética en muchos casos. La referencia fundamental aquí son, me parece, los sonetos de arrepentimiento de Lope de Vega, otro personaje con el que el Machado converso se sentía especialmente identificado. Véase, a título de ejemplo, el primer soneto del tríptico "Domine, ut videam...", un poema muy notable que atestigua ese proceso ascético en el que el Machado de 1938 está ya inmerso:

"Mi Vida, mi Verdad y mi Camino...".
Yo sé bien que eres Tú, pero te busco
y ¡en qué mirajes la mirada ofusco,
o en qué negrura el paso desatino!

Sin duda es verde aún la pobre rama
que en tu divino fuego arder quisiera,
y airado la separas de tu hoguera
porque indigna la juzgas de tu llama.

No sé, no sé, Señor, a dónde llego
corriendo tras tu sombra... En cualquier parte,
buscándote me angustio y extermino.

¡Dame, Señor, la mano, que soy ciego!
 Ponme en la senda donde pueda hallarte:
 ¡Mi Vida, mi Verdad y mi Camino!

El libro se cierra con una sección formada por un único poema, el ya conocido "San Pedro", que ahora se titula "San Pedro en la 'leyenda áurea' de 'Cuando Dios andaba por el mundo'", cuya fusión de devoción y popularismo hemos de suponer que gustaría mucho a los sacerdotes, frailes y monjas que Machado frecuentaba por aquellos años burgaleses.

Tras la aparición de *Horas de oro*, escribirá nuevos artículos y poemas; los primeros, publicados en los más importantes periódicos de España y por lo general fuertemente impregnados de sentido ético; los segundos, recogidos en el libro de 1943 *Cadencias de cadencias*.

En este libro hay una sección, la última precisamente, que agrupa bajo el título "Horario" una docena de poemas religiosos. Alguno ocasional, como el soneto que compuso para el prior de la Cartuja de Miraflores, don Agustín María Hospital, que le había regalado un rosario; alguno más bien descriptivo, como "La Oración del Huerto"; algunos dedicados a santos —San Juan de la Cruz y Santa Rosa de Lima—; otros a diferentes advocaciones de la Virgen —la de la Amargura de Málaga, la de la Asunción, la del Carmen, la de la Paloma—; y otros, los más interesantes y mejores, que expresan la intimidad ascética del Machado viejo en tonos muy parecidos al de las anotaciones de los Ejercicios burgaleses: así "Bethlem", con su rotundo terceto final:

Sé cuánto mi maldad pudo ofenderte
 y sé también —y en ello sólo espero—
 que más que te he ofendido me has amado.

Así también "Ante Jesús crucificado" y la serie "Fides, Spes, Charitas", que es una de las cosas más profundas que Machado escribió en su vertiente de poeta religioso, culminada con un poemilla conceptista que en dos versos, y de una sola palabra cada uno, y una palabra fonológicamente monosílaba, sintetiza exactísimamente el meollo de la doctrina cristiana: "Cruz./ Luz".

Esta intensificación de la Fe y la práctica católicas explica, unida a su identificación con el Movimiento Nacional y a su inveterada afición al arte dramático, que don Manuel compusiese también una obra de teatro nacional-católico, *El Pilar de la Victoria*, estrenada en Zaragoza el 12 de octubre del 44. Podría considerarse como un desarrollo del contenido del soneto "¡Pilarica!", impreso en 1938 en *Horas de oro* (y no entre las composiciones religiosas, sino entre las patrióticas agrupadas bajo el título "Poemas españoles").¹³

Però tal intensificació corrió parejas con una agudización muy notable de la sensibilidad moral de Machado. Y fue esta sensibilidad moral lo que, a mi juicio, le movió a criticar resueltamente ciertos aspectos del franquismo desde aproximadamente la mitad de la década de los 40, como señalé hace unos años, primero en la revista *Ínsula*, y después en otras ocasiones (d'Ors, 1985b; 1992, 64-5; 1994, 64-5).

Ya en una auto-entrevista de 1944 recomendaba —eso sí, dentro de un orden, y hasta renegando del liberalismo político como si de “una posición de lujo” se tratase— “el abrir cauces a reivindicaciones legítimas que, en otro caso, más o menos a la larga, se desbordan lamentables” (Machado 1944, 19). Me parece significativo un episodio que cuenta, desgraciadamente sin fecharlo, Rafael Abella: don Manuel fue nombrado censor, pero “no tardó mucho en dimitir al sentirse a contracorriente del criterio general”. Abella pone en boca del poeta esta explicación: “Me voy porque no estoy de acuerdo con el criterio de los demás censores: a ellos les asustan los besos y a mí lo que me asusta son los tiros” (Abella 1978, 270-72). Y con los tiros tiene que ver, precisamente, la más clara, enérgica y valiente de todas las críticas de don Manuel al franquismo: la contenida en un artículo aparecido en *ABC* el 2 de abril de 1946.

Es en este año cuando la actitud de Machado con respecto al régimen de los vencedores va a mostrarse como más claramente disidente. Las repulsas internacionales a ese régimen habían arreciado especialmente en los primeros meses de aquel año; paralelamente, fueron multiplicándose a lo largo de España las manifestaciones de adhesión al Caudillo, y mientras tanto la guerrilla antifranquista, ya muy activa el 45, alcanzaba su máxima presencia. El 21 de febrero, en medio de este clima de tensión, fueron ejecutados Cristino García Grande, Manuel Castro Rodríguez y otros ocho maquis del PCE. El gobierno francés interviño para que Franco les conmutara la pena de muerte, pero fue en vano. En respuesta a las ejecuciones, Francia cerró el 1 de marzo la frontera pirenaica, suspendió toda clase de tráfico con España e intentó protestar ante la ONU por la situación española. Otras protestas menos notorias se produjeron en otros lugares, y unas y otras fueron objeto de discusiones y escritos dentro y fuera de España.

Machado, que, sobrecogido por la atroz experiencia de Hiroshima y Nagasaki, había comenzado aquel 1946 bajo el signo de la preocupación y el miedo —“este año se me antoja el más inquietante de la Historia toda”, escribió— y con una agudización de su habitual pacifismo, publicó en *ABC* (2 de abril) el artículo significativamente titulado “El quinto, no matar”: una concretísima y audaz crítica de la actitud intransigente del Caudillo en aquella ocasión. Una crítica basada, como ya se percibe a simple vista, en el Decálogo y cuya valentía —aún más destacable por manifestarse en una tribuna tan influyente como

el *ABC*— sospecho que no tuvo par por aquellos días dentro de las fronteras españolas, y que posiblemente sólo le fue autorizada a Machado en gracia a su avanzada edad y a sus anteriores servicios al Movimiento. Y que, de todos modos, pienso que no le hubiera sido permitida en fechas más cercanas a los sucesos en cuestión. El viejo liberal, el mismo que había protestado contra las atrocidades del nazismo, contra los fascistas y comunistas de la República y contra la “barbarie oriental” de los revolucionarios de la guerra, resurge ahora, reforzado por el católico fervoroso que tiene bien presentes los Mandamientos, frente a la represión de la posguerra franquista, que contrariaba aquel voto suyo de “Saludo a Franco” (poema recogido en *Cadencias de cadencias*) de que los hermanos enfrentados en la contienda se reunieran bajo el signo de la paz. Y estas cosas las dice Machado por los mismos días en que prepara para la imprenta un libro que, con el título *Horario*, recopila toda su poesía religiosa; libro que no pudo llegar a ver.

Por consiguiente, la integración de Manuel Machado en el sistema nacional-católico de la España de los años cuarenta, que es, desde luego, innegable, no debe supervalorarse ignorando las críticas éticas al Régimen que el poeta fue deslizándose por los resquicios que la censura le toleraba. ¿Hubiera seguido don Manuel por este rumbo, convirtiéndose al cabo de unos años en algo parecido a otro Ridruejo? ¿Habría acabado cediendo ante las presiones ambientales? Lo cierto es que no tuvo tiempo para más: el 19 de enero de 1947 moría, con 72 años, después de recibir los Sacramentos, aquel hombre cuya trayectoria podría esquematizarse, como la del don Guido del famoso poema de su hermano Antonio, diciendo que fue

de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.

NOTAS

1. *El Evangelio* 80 (27 mar. 1902): 3.
2. Sobre las tres composiciones últimamente citadas y sus relaciones con otras de autores franceses e hispánicos (ver Alarcón Sierra 1999, 502-27).
3. Es muy probable que sean algunas de esas poesías de *El mal poema* “demasiado atrevidas” para el criterio de Eulalia las que quería Manuel suprimir en la edición de las *Obras completas* de los Machado que publicó la Editorial Plenitud en 1947 (ver Ruiz-Castillo 192-93).
4. No me detendré en aquello de “con Montmartre y con la Macarena comulgo” del famoso poema “Retrato” que abre el libro, porque es un verso que a mi juicio hay que adscribir, más que a la religión, al folklore sevillano.
5. Como señalé en otras ocasiones (d'Ors 1992, 227-28; d'Ors, 1994, 227-28), este soneto parece inspirado por el poema “Fra Angélico”, de Andrés González-Blanco, publicado en la revista *Blanco y Negro* el 28 de enero de 1905.

6. Como no le impidió aceptar el homenaje de Primo de Rivera, ni poco después criticar la Dictadura en la comedia *La prima Fernanda*, escrita en colaboración con su hermano Antonio (Machado 1938b; Carballo Picazo 24; Brotherston 53 y 57; Baamonde 297; d'Ors 1992, 14-15; 1994, 14-15). Lo único que parece seguro en la actitud política del Manuel Machado de estos años es un liberalismo menos intelectual y razonado, creo yo, que connatural y visceral.
7. Entrevistados por Francisco de Viu poco después del 14 de abril, él y su hermano Antonio, a dúo, se muestran muy conformes con "la derogación de la Ley de Jurisdicciones, la del Código cavernario de Galo Ponte, la libertad de cultos, las reformas de Azaña en el ejército, las que se proyectan e inician en Justicia, Instrucción, Hacienda y Trabajo..." La entrevista, que hoy es todo un enigma bibliográfico, se tituló precisamente "Manuel y Antonio Machado disertan como convencidos republicanos". Brotherston (58, 152) menciona ése y otro enigma bibliográfico parecido: un artículo de Manuel significativamente titulado "La belleza de la República". Lo que sí puedo asegurar es que Manuel Machado escribió —y a juzgar por la calidad literaria del resultado yo diría que a toda prisa— la letra de un nuevo himno nacional, con música de Oscar Esp-lá; himno que fue presentado oficialmente, en el Ateneo de Madrid, ya el 26 de abril: "Canto rural a la República española". Este texto, con sus reiteradas exaltaciones de la Libertad, y su tono idealista, pacifista y hasta un sí es no es bucólico, evidencia con bastante claridad el sentido que la República tenía para don Manuel, hombre liberal tanto por temperamento como por convicción. Pero el entusiasmo, por ingenuo que fuese, era auténtico, y encontró en *La Libertad* un cauce de expresión muy propicio. Cuando Alberti estrena su *Fermín Galán*, publica en aquel diario —2 de junio del 31— una crítica que le da pie para celebrar a "los gloriosos capitanes de Jaca, mártires precursores y propulsores de la república española", representantes de "los más altos ideales políticos". Como todavía no conocemos ni medio bien la producción periódica de Manuel Machado, tengo para mí que no sería raro que en el futuro vayan exhumándose aún más textos significativos de estos fervores republicanos de 1931 y principios de 1932.
8. Citados y comentados en d'Ors 1985a; 1992, 22-25; 1994, 22-25.
9. Ideas parecidas encontramos el 8 de octubre, pero ahora con una alusión a la "feroz violencia" con que se enfrentan esas masas totalitarias. Violencia que cada día —otoño del 33— se hacía más visible en las calles, inquietando a Machado, que siempre fue hombre de talante pacífico. Por eso el 23 de noviembre y el 30 de diciembre le reprochará al vitriólico antirrepublicano Muñoz Seca, a propósito del estreno de sus comedias *Los quince millones* y *El ex...*, la agresividad de su crítica política y social, y el 3 de diciembre había desaconsejado la "Literatura tendenciosa", tan viva desde 1930, condenándola sobre todo en el teatro, donde "el juego es peligroso y ocasionado a violencias, disturbios y peloterías lamentables entre los espectadores". No había dicho estas cosas cuando *Fermín Galán* ni cuando *AMDG*; está claro que desde 1931 el panorama se ha puesto mucho más serio. Una de las manifestaciones más visibles de esa crispación fueron los enfrentamientos callejeros entre estudiantes miembros de organizaciones opuestas, como la FUE por un lado, y la AET y el SEU por otro, producidos sobre todo en enero de 1934, enfrentamientos que causaron heridos, muertos, suspensiones de clases y huelgas. Machado intenta aportar su granito de arena a la pacificación, advirtiendo a los revoltosos el 28 de enero, en un artículo que titula "La tragedia fea", que "la 'más moderna' juventud no se mata hoy ya por ninguna de las dictaduras que se reparten el Mundo y su gobierno [...] Tienen, en cambio, a una gran revolución espiritual [...] cuyo ideal es la salvación de la personalidad humana y su afirmación ante las organizaciones sociales. Y —con un profundo sentido religioso, en el más amplio y alto sentido de la palabra— su liberación definitiva de la bestialidad y la violencia". Desgraciadamente, los hechos no tardarían en demostrar que don Manuel se equivocaba bastante, tomando por realidades sus deseos: buena parte —o mala parte— de la juventud "más moderna", en España y fuera, dedicaría el resto de la década de los 30 y la mitad de la de los 40 a matarse en pro del nazismo, del fascismo o del comunismo, mostrando en muchos casos una verdadera penuria de espíritu religioso.
10. Poco después, el 7 de abril, el *Heraldo de Madrid* publica un manifiesto "Contra el terror nazi" firmado por una serie bastante variopinta de escritores e intelectuales que se autodefinen co-

mo "espíritus liberales, que consideran como un elemental deber de solidaridad humana, al margen de las ideologías que cada uno sustente, unirse para reclamar con toda energía la cesación de este sistema de persecución intolerable, que significa el mayor atentado cometido en nuestra época contra el derecho de gentes". De manera especial, se trataba de exigir la liberación de los comunistas Thaelmann y Torgler, encarcelados por Hitler. Manuel Machado fue uno de los que suscribieron este texto. Supongo que al hacerlo no podría evitar una ligera sonrisa de escepticismo al ver los nombres de, por ejemplo, María Teresa León y Rafael Alberti en esa lista de "espíritus liberales", y otra al tener que interceder, él que siempre había aborrecido simétricamente la dictadura fascista y la comunista, por gentes tan poco democrático-liberales como Thaelmann o Torgler; pero se trataba de defender la libertad, y él, viejo liberal, puso su firma allí como pusieron las suyas su hermano Antonio, Alejandro Casona, María Martínez Sierra y otros. Pero, en efecto, los tiempos no estaban por las "zarandajas liberales", y el diario *La Libertad* se escoró más resueltamente hacia la izquierda. En el verano de aquel 1934, el director gerente del periódico, Antonio Hermosilla, envía a Machado una carta de despedida, en la que la coartada económica ni se molesta en encubrir los argumentos ideológicos: la supuesta "orientación derechista" de nuestro poeta.

11. A propósito de las tradiciones populares sobre "Jesús y San Pedro en tierras españolas", ver Espeita Ramisa 1999.
12. Un testimonio que, por poco conocido, me parece digno de ser recordado aquí, es el de monseñor A. Grier: "Al Via crucis, i a la visita diària de les Reparadores, mai hi faltava el que era company en l'oficina de premsa d'extracció d'articles i notícies de diaris estrangers, l'insigne poeta don Manuel Machado, que en la ciutat de Burgos havia buscat refugi, instal·lat en casa modesta" (242).
13. Sobre esta pieza, ver Alarcón Sierra 1993.

OBRAS CITADAS

- Abella, Rafael. *Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una Posguerra (1939-1955)*. Barcelona: Planeta, 1978.
- Alarcón Sierra, Rafael. "Manuel Machado y El Pilar de la Victoria". *Turia* 24-25 (junio 1993): 267-88.
- . *Entre el modernismo y la modernidad: La poesía de Manuel Machado (Alma y Caprichos)*. Sevilla: Diputación, 1999.
- Astete, Gaspar. *Catecismo de la doctrina cristiana*. 12ª ed., Valladolid: Imp. y Lib. Relig. Casa Martín, 1935.
- Baamonde, Miguel Ángel. *La vocación teatral de Antonio Machado*. Madrid: Gredos, 1976.
- Brotherston, Gordon. *Manuel Machado. A Revaluation*. Cambridge: University Press, 1968. Traducido al español como *Manuel Machado*. Madrid: Taurus, 1976.
- Cansinos-Assens, Rafael. *Los temas literarios y su interpretación*. Madrid: V. H. Sanz Calleja-Imprenta y Casa Editorial, s.a. ¿1924?
- Carballo, Alfredo. "Estudio". Manuel Machado. *Alma. Apolo*. Madrid: Ediciones Alcalá, 1967.

- Chicharro, Dámaso. "Manuel Machado y San Juan de la Cruz: luz y sombra de una relación semifrustrada". *Angélica* 5 (1993): 185-194. Recogido en *De San Juan de la Cruz a los Machado (Jaén en la Literatura Española)*. Jaén: Universidad, 1997. 465-76.
- Diego, Gerardo. *Manuel Machado, poeta*. Madrid: Editora Nacional, 1974.
- Espeita, M^a Teresa. "Jesús y San Pedro en tierras españolas". *Actas del VII Simposio Nacional de la Federación de Asociaciones de Profesores de Español. 11 al 14 de septiembre de 1997*. Lugo: Diputación Provincial, 1999. 283-96.
- Font-Espina, J. "La viuda de Manuel Machado vive en el Cottolengo". *Revista. Semanario de Información, Artes y Letras* 50 (semana del 26 de marzo al 1 de abril 1953): 4.
- Gayton, Gillian. *Manuel Machado y los poetas simbolistas franceses*. [Valencia]: Bello, 1975.
- González Blanco, Andrés. "Manuel Machado: *Caprichos*. Madrid, 1905". *Nuestro Tiempo* 57 (10 agosto 1905): 221-39.
- Griera, A. *Memòries*. Abadía de San Cugat del Vallés: Instituto Internacional de Cultura Románica, 1963.
- Linares, Manuel. "Manuel Machado habla de su espíritu. Notas a un capítulo inédito de su vida". *Razón y Fe* 138 (1948): 647-62.
- López Estrada, Francisco. *Los "Primitivos" de Manuel y Antonio Machado*. Madrid: Cupsa Editorial, 1977.
- Machado, Manuel. *Alma*. Madrid: Imprenta de A. Marzo, [1902].
- . *Caprichos*. Madrid: Tipografía de la "Revista de Archivos", 1905.
- . *Alma*. Museo. Los cantares. Madrid: Librería de Pueyo, 1907.
- . *El mal poema*. Madrid: Imp. Gutenberg-Castro y Compañía, 1909.
- . *Apolo*. Teatro pictórico. Madrid: V. Prieto y Compañía, Editores, 1911.
- . *La guerra literaria (1898-1914)*. Madrid: Imprenta Hispano-Alemana, 1913.
- . *Canciones y dedicatorias*. Madrid: Imprenta Hispano-Alemana, 1915.
- . *Sevilla y otros poemas*. Madrid: Editorial-América, 1918?
- . *Ars moriendi*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1921.
- . *Phoenix. Nuevas canciones*. Madrid: Ediciones Héroe, 1936.
- . *Horas de oro. Devocionario poético*. Valladolid: Ediciones Reconquista, 1938a.
- . "José Antonio, el poeta". Sevilla. *ABC* (20 noviembre 1938b): 7.
- . *Antología*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1940.
- . *Cadencias de cadencias (Nuevas dedicatorias)*. Madrid: Editora Nacional, 1943.
- . "Manuel Machado habla de economía, amor y arte, con Manolo Machado". *La Estafeta Literaria* 14 (10 octubre 1944): 19.

- . *El Pilar de la Victoria*. Madrid: Editora Nacional, 1945.
- . *Prosa. El amor y la muerte (Capítulos de novela). Día por día de mi calendario (Memorándum de la vida española en 1918)*. Sevilla: Universidad, 1974.
- Machado, Manuel y Enrique Paradas. *Tristes y alegres*. Madrid: Imprenta y litografía La Catalana, 1894.
- Machado, Manuel y José M^a Pemán. *Unos versos, un alma y una época*. Madrid: Ediciones Españolas, 1940.
- De la Mora, Pedro. "El poeta Manuel Machado, juglar de la Nueva España". *El Diario Palentino* (29 julio 1938): 2.
- D'Ors, Miguel. "Manuel Machado y Galicia". *Letras de Deusto* 23, 1982: 77-95.
- . "El desengaño republicano de Manuel Machado". *Razón española* 14 (noviembre-diciembre 1985a): 333-39.
- . "Manuel Machado, crítico del franquismo". *Ínsula* 460 (marzo 1985b): 17-18.
- . "Manuel Machado, otoño de 1936: una polémica a través de los textos y los contextos". *Studia litteraria atque linguistica N. Martín J. Fernández-Sevilla et P. González oblata*. Granada: Universidad, 1988. 33-43.
- . "Manuel Machado desde la preguerra hasta su muerte". *Manuel Machado, Poeta de guerra y posguerra*. Granada: Universidad, 1992. 11-70.
- . "Manuel Machado desde la preguerra hasta su muerte" y "Addenda para la segunda edición". *Manuel Machado, Poeta de guerra y posguerra*. 2^a ed., corregida y aumentada. Granada: Universidad, 1994. 11-70 y 429-44.
- . "Manuel Machado en Burgos". *Quimera* 155 (febrero 1997): 52-55.
- Pérez Ferrero, Miguel. *Vida de Antonio y Manuel Machado*. Madrid: Rialp, 1947. Reeditado varias veces en Madrid: Espasa-Calpe, Colección Austral, a partir de 1952.
- Ripalda, Gerónimo. *Catecismo de la doctrina cristiana*. Granada, 1982.
- Ruiz-Castillo, José. *El apasionante mundo del libro. Memorias de un editor*. Madrid: Agrupación Nacional del Comercio del Libro, 1972.
- Sanzoles, Modesto. "Silueta sicoliteraria de Manuel Machado". *Naturaleza y Gracia* 9 (1962): 99-133.